
APROXIMACIÓN A LOS VÍNCULOS ENTRE LAS HISTORIAS DE CIUDADES EN COLOMBIA Y LA VISIÓN AGUSTINIANA¹

Félix Raúl Martínez Cleves²

RESUMEN: El presente artículo tiene como objetivo plantear la hipótesis de la posible relación entre algunas de las historias de ciudades hechas en Colombia, especialmente durante el siglo XX, y las ideas agustinianas de historia y ciudad. Para ello, se sigue la idea de Ángel Rama (RAMA, 1998) de que la escritura servía de algo parecido a un cordón umbilical entre los letrados latinoamericanos y Europa. Esto no supone un vínculo similar a una dependencia o matemática de relaciones, sino como una “plasticidad cultural”, según el mismo Rama (RAMA, 2008). Con estas intenciones se revisarán diferentes tipos de producciones historiográficas, partiendo de algunos de sus usos y reproducciones actuales. En términos generales, este texto es un avance más, en el marco de una preocupación por la historia de la historiografía, que partió hace algunos años en medio de estudios doctorales, y que hoy continúa.

PALABRAS CLAVE: Escritura de la historia. historia de ciudades. San Agustín.

APPROXIMATION TO THE LINKS BETWEEN THE STORIES OF CITIES IN COLOMBIA AND THE AGUSTINIAN VISION

ABSTRACT: This article aims to hypothesize the possible relationship between some of the histories of cities made in Colombia, especially in the twentieth century, and the Augustinian ideas of history and city. To do this, the idea of Angel Rama (1998) writing that served as something like an umbilical cord between Latin American and European lawyers continues. This is not similar to a dependency or mathematical relationships, but as a "cultural plasticity" link, according to the same ideas of Rama (2008). With these intentions, different types of historiographical productions, starting with some of its current uses and reproductions will be reviewed. Overall, this text is a further step in the context of a concern for the history of historiography, which started a few years ago amid doctoral studies, and which continues today.

KEYWORDS: Writing of history. history of cities. St. Augustine.

Entrada

En una página web hay una fotografía; en la fotografía se presenta un sacerdote que mira hacia un punto cardinal de la ciudad que orienta desde lo más alto de su iglesia; el

¹ El presente artículo es una continuación de la investigación iniciada en el marco del Doctorado en Historia, desarrollado en la Universidad Nacional de Colombia, y patrocinado por una comisión de estudios otorgada por la Universidad del Tolima (Colombia) hasta 2013. Asimismo, está ubicado en el proyecto “Historia de la historiografía en Colombia”, desarrollado actualmente.

² Profesor asociado de la Universidad del Tolima (Colombia). Grupo de Investigación Ibanasca. E-mail: frmartinez@ut.edu.co

clérigo escribió un libro de esa ciudad; el libro fue hecho porque la ciudad no tenía historia; esa historia siguió el ejemplo que promovía la Academia Colombiana de Historia; Academia que había tomado como referente a Bogotá; la cual tuvo como fundador a alguien que escribió un libro; ese texto había sido escrito con las ideas del siglo XVI; siglo en el cual eran preponderantes las ideas de San Agustín; quien a su vez había escrito buena parte de su obra para dar cuenta de Roma, de la que no tenía sino una idea.

Hoy, quien se interese por el pasado de muchos de los municipios en Colombia recurre, de manera inicial, a las páginas web de las alcaldías o los hipertextos de Wikipedia. A veces también, se vale de plegables o de un escaso material que se obtiene con bastante dificultad en las bibliotecas locales. Muchos de los datos suministrados en los recursos anteriormente referidos, y con mayor acento para poblaciones pequeñas e intermedias donde la historiografía profesional ha hecho un débil ingreso, la información tiene dos fuentes primordiales.

La primera procedencia, correspondió a las que se han denominado como biografías de ciudad, y que desde inicios del siglo XX habían elaborado sacerdotes, profesores, militares retirados y funcionarios públicos, ante la inexistencia de referencias bibliográficas respecto del lugar que habitaban; en donde se concentrará el trabajo a continuación expuesto. La segunda correspondía a los datos provenientes de las monografías elaboradas especialmente durante la década de 1970, por parte del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE); y que, requerirá un estudio diferente al presente.

Una fotografía y un libro

En una página web³ apareció alguna vez la fotografía de un sacerdote, que según se anotaba había tenido una significativa relevancia al promover la construcción de varias edificaciones, pero, sobre todo, la de elaborar la primera historia de la ciudad -un municipio de Colombia denominado Fusagasugá. La imagen presenta al clérigo ubicado en lo más alto de una iglesia sin terminar, mientras observa lo que todavía no era en ese momento, pero que algún día se edificó. Abajo, una ciudad de la que difícilmente puede observarse el piso, aunque para la perspectiva de la fotografía poco importa. En tanto, el horizonte que se abre le pertenece al punto desde donde se diseminan las líneas de fuga. Una visión panorámica irrumpe (MARTÍNEZ, 2013), mientras aquel sacerdote escribía una historia de la ciudad que observaba (SABOGAL, 1919).

³ Corresponde a la página web de la Alcaldía de Fusagasugá (Departamento de Cundinamarca, Colombia) <http://www.fusagasuga-cundinamarca.gov.co>, consultada el 05 de febrero de 2014.

Ese tipo de textos, elaborados por diferentes funcionarios resultarán más o menos comunes en Colombia. En tanto no existe el espacio en este momento para hacer un largo listado, es preciso recordar el trabajo hecho por la Fundación Misión Colombia y parcialmente consignado en una de las obras de Fabio Zambrano (ZAMBRANO Y BERNARD, 1993), en donde se recopilan un número importante de dichas referencias bibliográficas. Muchos de esos textos han sido denominados como biografías de ciudad, las cuales se caracterizan, según Germán Mejía, por:

[...] su expresa limitación espacial dentro de un extenso cubrimiento temporal, en el que se da gran importancia al tratamiento empírico-descriptivo, con empleo de recursos metódicos y técnicos de las ciencias sociales, aunque el nivel explicativo no sobrepasa la simple concatenación cronológica (MEJÍA, 2000b, pp.47-48).

Sin embargo, todavía seguimos sabiendo muy poco respecto de esta tipología de escritura, entendiendo que no es exclusivo de Colombia, y que en cambio son más las prevenciones que los análisis para entender formas historiográficas que sobreviven en muchos lugares del país. Charles Glaab (1965) en su estudio bibliográfico sobre las ciudades en los Estados Unidos, consideró, refiriéndose a las biografías, que ha sido una de las áreas más productivas, aun cuando sea una historia individual que de alguna manera se interesa por la personalidad de una urbe. Sumado a esto, las ciudades que reciben mayor atención en este caso son aquellas denominadas como importantes, condición dada por sus factores económicos o cierta superioridad en las jerarquías urbanas.

Para Glaab, esta forma de hacer la historia de ciudades se concentra en un relato donde se recuentan los sucesos de una ciudad y muy pocos aspiran a entender, especialmente, los procesos de crecimiento urbano. Durante la primera mitad del siglo XX, para el caso colombiano, estas biografías no estuvieron asociadas a lo que Glaab llama la “escolaridad”, y que en su caso sirvió para sedimentar los estudios sobre el pasado urbano en los ámbitos universitarios, sino al mundo de la Academia Colombiana de Historia e intereses locales.

Estas biografías ostentan un interés notable por el nombre, en particular del fundador o de la ciudad. Se termina, como ha dicho Derrida (2009, p. 37), viviendo de lo muerto, por lo cual el término “biografía” resulta más bien una paradoja. Lo muerto es para Derrida la figura del padre, que en nuestro caso está representado por la del fundador, y es por eso que historiadores como Pedro María Ibáñez⁴ dicen hablar de todo el pasado y por todos quienes lo habitaron, debido a la autoridad que suponen heredar. Lo muerto autoriza, pues se trata del

⁴ Pedro María Ibáñez (1854-1919), nació y murió en Bogotá. Además de médico, Ibáñez se hizo historiador y contribuyó activamente en la creación de la Academia Colombiana de Historia en 1902, de la cual fue secretario general hasta su muerte. Ver con detalle: (VILLANUEVA, 2015).

padre idealizado que adolece de cualquier deseo, y a partir de lo cual se puede producir saber (VERHAEGHE, 1997). En tanto, sí persiste algo vivo, la ciudad, lo materno; y se halla viva, mientras resulta contradictoriamente marginal en la escritura.

¿Y dónde se halla eso materno? En la lengua, en el oído, en los pequeños murmullos de personajes y espacios fragmentados, manifiestos en diversos relatos tenidos como piezas de anticuario. Probablemente, esas narraciones estuvieron más próximas a lo que Derrida llamó la “otobiografía” (DERRIDA, 2009), en su idea de escuchar la vida, arrancándola de la mortandad presente en un bios estéril, limitado a su nombre, en donde se anclan esos trabajos que empiezan a crecer en número al despuntar el siglo XX, y siguiendo la apuesta de Pedro María Ibáñez, de tener toda la historia de una ciudad, con su ejemplo paradigmático radicado en el pasado de Bogotá.

En este sentido, la ciudad termina siendo lo radicalmente Otro, tanto para el fundador, como para sus continuadores que se valen de la historia. Por eso, estos últimos se esfuerzan en exaltar el padre sobre la hija – la ciudad. Aquellos historiadores prefieren un fundador, un muerto, a algo vivo, a la ciudad. Con ellos desaparece la ciudad misma y sus ciudadanos. Este fue el futuro del pasado de muchas de esas biografías que todavía alimentan el conocimiento del tiempo en ámbitos locales colombianos.

Aquel individuo que hace las veces de historiador de pequeñas y medianas ciudades, habla/escrbe ofreciendo y explicitando su autoridad. Y para ello se vale de enunciados impersonales, que pretenden que su palabra pareciera que no fuera suya sino producto del artificio técnico, “como salida de una sabiduría situada más allá de cualquier subjetividad individual” (DUCROT, 1988, p. 19).

Cómo en la fotografía que aparece en la página web y donde se presenta un sacerdote, la distancia entre dichos historiadores y los lugares que habitan es notable. Un lugar, que parece ajeno, ofrece la autoridad que ostenta el personaje de la imagen. Un lugar que no es otro al ofrecido por una forma que una Academia exhibía y practicaba (y que la Iglesia patrocinaba desde el púlpito y la escuela).

La misión sacra de una Academia

Cómo lo han mostrado varios autores (ZAMBRANO, 2002; BETANCOURT, 2005; PEDRAZA, 2011), una de las funciones de la escritura era la de contribuir en la civilización del país. En este sentido, la denominada historiografía tradicional, en términos más o menos generales, construyó una diferencia entre aldea y ciudad, muy común en la prensa desde fines del siglo XIX, radicada precisamente en la civilización. Así las cosas, no bastaba con

transformaciones materiales que condujeran a procesos de modernización, también era necesaria una historia de la ciudad que mostrara en primera instancia que las letras habían llegado a ella, seguido a que tenía algo que narrar y con lo cual identificarse y diferenciarse en el escenario nacional.

La historia aparecía, en el escenario de la institucionalidad dada por la Academia Colombiana de Historia, como un purgatorio, en el que era posible un perfeccionamiento espiritual con el cual aproximarse, tras peregrinar en el tiempo, a la salvación (BETANCOURT, 2005), moral, y probablemente, también material. Y es que según lo ha notado Betancourt, esa “privatización” o “institucionalización” del pasado, correspondía a la confluencia de procesos de modernización y el triunfo de un proyecto político. No en vano, estaba conformada por los “patricios de la república”, quienes cuidaban del nombre de sus antepasados (BETANCOURT, 2005).

La Academia entonces buscó centralizar y dar homogeneidad al pasado colombiano, para lo cual resultó fundamental la elaboración de un manual por parte de Gerardo Arrubla y Jesús María Henao (1911), y la gestación de centros regionales de historia concentrados en algunas de las ciudades más grandes del país. En estas últimas se pretendía, en su respectiva escala, replicar la historia de Bogotá, que por demás parecía la historia de Colombia, al compartir un mismo fundador —Gonzalo Jiménez de Quesada.

El objetivo era hallar en primera instancia, precisamente, a un fundador, con el cual conectar las poblaciones locales con Europa, en particular con España y lo que ella significaba en el siglo XVI como un renacimiento de Roma. No es casual que empezando el siglo XXI, Roberto Velandia (2000), uno de los más proclives difusores de esa búsqueda de los conectores locales con el antiguo continente, haya sostenido que el ejercicio de la Academia sea la de un apostolado en el marco de una misión, prácticamente de origen providencial. Se trataba de una idea de evangelizar historiográficamente el país, descubriendo santos radicados especialmente en la conquista o en la independencia.⁵ Periodos en los cuales la referencia a la antigüedad era bastante notable, ante la persecución de ideales y padres que orientaran estas causas (MELO, 1991; MORALES, 2012).

Pero semejante apostolado no había sido posible, según el mismo Velandia, sin las publicaciones, particularmente las producidas por la Academia, pues en ellas se notaba la vida

⁵ Melo ha indicado que de los 1.000 artículos publicados en el Boletín de Historia y Antigüedades entre 1902 y 1952 el 29% correspondía a la Independencia, el 25% a civilizaciones antiguas o el descubrimiento, el 23% al periodo comprendido entre 1559 y 1810, el 12 % a la conquista, el 10% a la república, el 4% al periodo entre 1830 y 1863, el 1% al espacio entre 1863 y 1900, mientras que el siglo XX contaba con el 0%. (MELO, 1991).

de esta institución. Aunque en lo que respecta a las historias de ciudades, esa producción estuvo concentrada en Bogotá y la razón para ello, según lo indicaba Velandia, era “su glorioso nombre” (VELANDIA, 2000, p. 17).

En efecto, Bogotá era referida sagrada en la medida que había sido fundada por un individuo considerado como santo, del cual se difundía la veneración de su nombre para el resto del país. Y ello es particularmente perceptible en los matices de la producción intelectual de la Academia. Por ejemplo, en torno a la conmemoración del cuarto centenario de Bogotá (en 1938) se publicaron ocho libros, de los cuales cuatro estaban dedicados a la ciudad, y según Velandia, junto con artículos sueltos podrían constituir la “Enciclopedia Histórica de Bogotá” (VELANDIA, 2000).

Paradójicamente, ninguna de las conferencias dictadas por dicha Academia con motivo de la indicada celebración y que más tarde fueron publicadas, estuvo dedicada a la urbe referida. Esta supuesta concentración en un lugar que solamente observa el académico, se hace todavía más mínima cuando se compara el conjunto de la edición de libros (volúmenes) que conforman las diferentes colecciones que tiene la Academia. Allí podemos observar que hasta el año 2000 solamente 24 de las 384 publicaciones, sin contar los artículos de la revista Boletín de Historia y Antigüedades, correspondían a ciudades. Es decir, que el 6,25% de la producción total del siglo XX de la institución se había dedicado a dar cuenta del pasado de las ciudades, mayoritariamente concentrado – ese pequeño porcentaje – en Bogotá.

Si siguiéramos la indicación de Velandia (VELANDIA, 2000) de dar cuenta del trabajo de la Academia en el “tribunal de su expresión”, que son sus publicaciones, semejante apostolado resultaba bastante pírrico. En otras palabras, la ciudad desapareció como tema de estudio para la Academia Colombiana de Historia. Pero en lo que respecta a la producción desde las ciudades mismas, no necesariamente sujeta a los centros regionales de historia, filiales de la Academia, se incrementó desde el quinquenio de 1936-1940, que más tarde contaría con un pico durante la década de 1970. Una de las razones para ello durante la primera mitad del siglo XX, de forma similar a lo sucedido en España durante el siglo XVI, fue la intención de reconocimiento de las ciudades por parte del resto del país. Estos tipos de escrituras locales cuentan con similitudes y diferencias respecto de las que se produjeron desde la Academia Colombiana de Historia y de sus subsidiarias regionales.

En lo que concierne a las similitudes, se sigue más o menos el modelo de la “ciudad cristiana” que nos ha mostrado Santiago Quesada para la península Ibérica entre los siglos XV y XVII. En dicho patrón se identificaba en primera instancia, un milagro y su respectivo santo

con el propósito de mostrar un interés divino por ese sitio, aspecto que se hacía evidente en la fundación. En el segundo de los elementos, caracterizado por la caridad, la historia eclesiástica permitía mostrar no solo que la Iglesia era el principal benefactor, sino que los individuos podían merecer el estar en las páginas de la historia de la ciudad, si contribuían a causas caritativas y filantrópicas, mediadas muchas de ellas por la misma Iglesia. Y, en tercer lugar, el soporte de su fe contaba con otra evidencia radicada en su arquitectura, no en vano muchas de las descripciones ofrecidas en este punto se iniciaban con el templo principal para continuar con otras edificaciones que sugerían el progreso de la población.

En tanto, las diferencias radicaban en el significado de la urbe. Porque para las denominadas biografías de ciudad, el escenario urbano correspondía todavía a una evidencia del progreso y la civilización donde confluía la riqueza, y el control social era el mayor beneficiado al sucederse la ruptura con sus condiciones de barbarismo y su respectivo reconocimiento por parte de Bogotá.

Pero para la visión elaborada desde la Academia y autores próximos a ella, lo urbano se leía entre dos ópticas. Una sujeta a la pobreza espiritual, desde luego también material, donde se concentraban muchos de los males del país. La otra, que lo pensaba como una extensión del mundo rural, en medio de lecturas centradas en descripciones de la naturaleza, o con expresiones bucólicas o irónicas respecto de la vida urbana.

Esta parece ser la constante, porque a pesar de que desde la década de 1960 se cuenta con otras versiones de la disciplina histórica (o tendencias historiográficas), el desinterés por la ciudad y en eso conjunto por las instancias locales, va a ser constante hasta cuando menos la década de 1980 y en especial la de 1990. En tanto, muchas de las ideas respecto a la escritura de la historia de ciudades que se propagaron durante el siglo XVI y parte del XVII en la península ibérica, pueden observarse en las historias aparecidas especialmente durante la primera mitad del siglo XX.

Aunque no es posible sostener que muchos de sus autores conocieran dichos ejemplos historiográficos, sí se contaba con un conector, y esto parece haberlo entendido quienes consideraron a Jiménez de Quesada como tal, aunque no porque este individuo lo haya necesariamente fundado, sino porque su nombre implicaba un conjunto de influencias, principalmente del pensamiento agustiniano. No es tampoco probable que los autores colombianos hayan discutido la presencia de ideas de la historia, pero sí que contaran con un archivo -en el sentido derridiano- y lo que ello significaba en la figura de Jiménez de Quesada

que terminó por cicatrizar la forma de hacer la historia en Colombia durante el periodo en cuestión.

Un fundador, una obra, un siglo

Aquella Academia que había influido de una u otra forma en las historias de ciudades en diversas regiones colombianas, había tomado como referente a Bogotá y con ella a su fundador -Gonzalo Jiménez de Quesada-, hombre ejemplar que había escrito la primera obra de historia y literatura de Colombia. No en vano, Gómez Restrepo indicaba en un artículo publicado en la *Revue Hispanique* en 1918, que "la historia de la literatura en Colombia empieza con el nombre ilustre del fundador de Bogotá, el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada" y añadirá que: "Los rasgos típicos de la figura de Quesada parecen haberse impreso en el carácter del pueblo de que fue conquistador" (GÓMEZ citado por GONZÁLEZ, 1997, p. 12).

Semejantes consideraciones nos presentan cuanto menos dos asuntos, por un lado "esos rasgos típicos" respecto de lo que piensa Jiménez de Quesada; y por otro, lo que significaba aquella impresión que se dice quedó entre los colombianos. Algunos de los elementos del fundador de Bogotá, de la literatura y la historia, estaban impregnados de las ideas que circulaban en el siglo XVI, y una de ellas fue la de Roma. Para Jaime González, "España está[ba] repitiendo, de una u otra manera, la hazaña de Roma y la referencia al Imperio Romano era inevitable" (GONZÁLEZ, 1981, p. 1), siendo la mayoría de las veces "una manipulación", para ser utilizada como recurso en los debates donde uno de los temas centrales era el Nuevo Mundo. González insiste en que:

Todo este conjunto de ideas se presenta casi siempre en forma de tópicos, de alusiones que se repiten invariablemente en los diferentes autores, de lugares comunes que se repiten a modo de ejemplo, como en el Medievo, o como elemento retórico para recalcar una idea, manipulando frecuentemente el sentido, como en el caso de Las Casas, que condenaba el militarismo romano, pero justificaba el de Moctezuma con el 'si vis pacem, para belum' (GONZÁLEZ, 1981, p. 147).

Con el transcurrir de la polémica sobre América y en particular, sobre sus habitantes, Roma como lugar común de las citas para la argumentación se hizo, cada vez más, un elemento central. No en vano, una de las disputas entre Bartolomé de Las Casas y Ginés de Sepúlveda, era por las acciones romanas que representaban a su vez las realizadas por el Imperio español en las tierras recién halladas. Para el primero, la crítica contra su propio país se centraba en sus observaciones, no solo en el militarismo romano ya indicado, también en la vanidad de Roma, que le llevaba a cometer acciones bárbaras en contra de sus gobernados. De

Las Casas, siguiendo a Agustín, pensaba que España sufría de algunos de los males padecidos por la Roma terrenal.

Mientras que para Sepúlveda (1547), y valiéndose de algunos de los autores romanos, las acciones del imperio eran justificables gracias a los beneficios que traería para quienes ejecutaban la acción, como para los colonizados, quienes podrían dejar su condición de barbarismo; además, de la comprensión de Roma y los romanos, como superiores. Se trataba de la versión agustiniana de la lucha entre la luz y la oscuridad, de las supersticiones de una especie subhumana en contra de la sabiduría, la prudencia y la piedad española (GERBI, 2010 p. 69). En buena parte, esta perspectiva se terminó por imponer.

Precisamente, la idea de Roma para Jiménez de Quesada era la del pueblo de la justicia, que por tanto no podía ser utilizada como lo hiciera Paolo Jovio, buscando la generación de odio contra los españoles. En primera instancia por su condición de abogado, en segunda, por la influencia sobre él de las posiciones de Ginés de Sepúlveda en contra de Las Casas. Aunque en su conjunto las posiciones de Jiménez de Quesada son más bien ambiguas, pues va de la admiración, como se lee arriba, pasando por el espíritu heroico del imperio contra los extranjeros, hasta alcanzar una cierta resistencia. Mezcla elementos bíblicos con citas de clásicos romanos, lo que le hace debatirse entre su seguimiento a las ideas de Sepúlveda respecto a España como continuadora de Roma y las acciones militares.

Las ideas de autores romanos, nos lo recuerda González (1981), llegaron al siglo XVI con la mediación de los textos de la Patrística y los Padres de la Iglesia. De allí que, junto a Salustio, Cicerón, Virgilio, Tácito y Polibio, entre otros, la figura de Agustín sea ampliamente recurrente. La versión de este último, en la boca del siglo XVI, considera que Roma había sido escogida por Dios para someter a los pueblos incivilizados, preparando la llegada del Salvador. Muchos de los autores españoles pensaban, como se ha sugerido antes, que efectivamente estaban frente a una nueva versión de Roma y por consecuencia, de los designios de Dios para con ésta.

Pero no todos siguieron a Roma, los denominados antirromanistas, principalmente de origen clerical, veían en esa figura aspectos que desconocían de una u otra forma la fe cristiana. Para los romanistas, que eran la mayoría de los autores que intervinieron en estas discusiones, la exaltación de las virtudes romanas, sus vidas ejemplares, los aportes de Roma a la humanidad (derecho, sistema tributario y administrativo, alianza entre armas y avances culturales, normas sociales y la fundación de ciudades), la unidad del Mediterráneo, el culto al emperador y en especial, la unidad española, resultaban centrales (GONZÁLEZ, 1981). En

resumen, ciertas condiciones intelectuales en el siglo XVI estaban mediadas por la influencia de la formación clásica (en el marco de autores como Platón, Aristóteles, Agustín, Tito Livio, Vitrubio, Plinio, Tácito, entre otros) y la formación cristiana.

Y es que teniendo como marco el conjunto de estas influencias, que no es para nada exhaustivo, sino más bien ilustrativo, es posible observar lo atiborrado que debió resultar la mente de un conquistador como Jiménez de Quesada. De allí que, no sea casual la postura ambigua respecto de la antigüedad, en especial la romana, que tenía Jiménez de Quesada. Iba de la admiración por Roma, pasando por las condiciones valerosas que debían tener los colonizadores contra los extranjeros, de inspiración romana, en especial de Polibio. Hasta una cierta resistencia contra el Imperio Español a través de la figura de Roma, próxima a Las Casas. Cita a Tácito, Horacio, Séneca, al mismo tiempo que lo hace con referencias bíblicas y algunas ideas agustinianas, para rechazar el militarismo romano, simultáneamente que confirma a España como continuadora del antiguo imperio.

Con respecto a la idea de España como seguidora de Roma, desde luego que Jiménez de Quesada ni es el primero y tampoco el más versado en proponerla. Sin embargo, es posible sugerir algunas ideas a partir de esa posición, en particular desde “El Antijovio” (JIMÉNEZ DE QUESADA, 1952) y las ideas que sobre la historia pueden percibirse allí. Ya que en la medida que este es el texto fundante de la historia y la literatura colombiana para las perspectivas de las academias, y que dicho conquistador fue designado padre de la nación, gracias en principio a la fundación de una ciudad y la construcción de dicho texto, la figura de Roma no resulta para nada descabellada, pues esta es en últimas la fuente donde beben los historiadores desde fines del siglo XIX y hasta mediados del XX.

Un manantial que significaba en el siglo XVI peregrinar en el tiempo hacia una Roma eterna, lugar escogido por un padre, también eterno. Una fantasmagoría que se re-configura periódicamente. Veamos entonces cuál era esa referencia a la ciudad mencionada en “El Antijovio”, algunas implicaciones de escribir la historia en el marco de la conquista, la fuente de Jiménez de Quesada y lo qué pudo significar Roma para la denominada historiografía “tradicional” y de orden local durante la primera mitad de siglo XX.

“El Antijovio” es una de las tres obras que se han conservado de Jiménez de Quesada y por la cual fue considerado como fundador de la literatura y la historia colombiana. Para autores como Víctor Frankl (1963), “El Antijovio” es una obra de neto estilo manierista-prebarroco; y es, precisamente por esto, la primera obra clásica de Hispanoamérica. Pero más de ser o no la gran obra o la primera en algo, lo cierto es que se trata de un texto de una

significativa ambigüedad, de allí, la ambivalencia sobre Roma, debido a su ubicación como una expresión del manierismo.

Éste corresponde a una yuxtaposición de puntos de vista incompatibles, que “perturban los criterios de realidad”, a razón de su ubicación en un entre el renacimiento y la contrarreforma, entre un naturalismo mecanicista y visiones de renovado agustinismo, entre el objetivismo y el subjetivismo, entre la intelectualidad y el corazón, entre el renacimiento y el barroco (FRANKL, 1963, pp. 44-51). Parece ser una lucha interna del autor por darse un lugar, de forma similar a Antonio Guevara, que es para Antonio Maravall (FRANKL, 1963), la otra influencia importante de Jiménez de Quesada.

Para Frankl, el problema central de “El Antijovio” es la idea de “verdad”, en la medida que ella se constituye en el elemento central de su crítica/refutación a los planteamientos de Jovio, respecto de lo cual debe tenerse en cuenta no solo las influencias indicadas, sino la ambigüedad del pensamiento de Jiménez de Quesada, tal y cómo se indicó, en los tipos de verdad histórica posibles de acuerdo con esa carga intelectual. Pues para Frankl existe un activo esquema ideológico en la mente del fundador de Bogotá, de orden “místico-dualista” de origen agustiniano, según el cual la humanidad se divide en hijos de la luz y de la “verdad” e hijos de la oscuridad y la “mentira” (FRANKL, 1963, pp. 17-32).

Al mismo tiempo, considera el fundador, el peso de la verdad acaecida y un cierto escepticismo respecto a las condiciones sobrenaturales de los acontecimientos históricos. La manera en que Jiménez de Quesada resolvió, al menos parcialmente esta tensión, fue con el recurso a la idea de historia de origen agustiniano en la que su núcleo es la relación con Dios o Satanás. Así, lo acaecido no era una cosa diferente a una expresión de la fe o la infidelidad, en el marco de una lucha contra lo demoníaco.

La otra idea más importante expuesta en “El Antijovio”, es, según Frankl, la de la misión imperial de Roma, procedente de Polibio. En ella, España como heredera de Roma, no podía permitir que el designio ahora divino de gestar una ciudad eterna fuese fracturado, como pareció ocurrir en el corazón del elemento de disputa con Jovio. Pues allí lo que el historiador italiano puso en evidencia no era nada distinto de la autonomía de la ciudad bajo-medieval, que podría, en la óptica de Jiménez de Quesada, dejar en duda la autoridad del Papa y el emperador español. Se hacía necesario, por tanto, un héroe sujeto a la verdad. En últimas, se trataba de la idea de que ese héroe era precisamente el fundador de Bogotá, que diferente de Jovio, poseía una relación próxima con lo acaecido, que le permitía contribuir en las huestes que edificarían una nueva Roma.

Era recorrer los senderos de la ciudad terrenal, en donde se precisaba una unidad del relato histórico gracias a lo visto y lo vivido, para alcanzar entonces la Roma eterna. Con otras palabras, era tomar el camino de Bogotá para llegar a Roma. Frankl sostuvo que se estaba ante “una de las máximas expresiones de la altísima cultura intelectual y moral del Imperio español del quinientos y de la singular confluencia”, o, a “uno de los primeros testigos del influjo psíquico del ambiente de la Conquista y de la realidad americana”. Y, por tanto, se suponía que este trabajo podía “ayudar al hombre hispanoamericano a ‘recordar’ – en el sentido platónico de la concepción del ‘recordar’ el alma de su propia alcurnia – la grandeza moral e intelectual del origen del propio ser histórico” (FRANKL, 1963, p. 14).

Y parece ser que estas palabras fueron, mucho antes de su mención por Frankl en la década de 1960, asumidas por los historiadores que trataron a las crónicas decimonónicas como “incidentes”. Si los cronistas del siglo XIX desearon ir a Santafé –la ciudad colonial-, los historiadores de la Academia, quisieron recordar el alma de una ciudad y un país, aún más atrás en el tiempo, en el siglo XVI, pues allí se divisaba la reconstrucción de Roma a manos de héroes como Jiménez de Quesada. No solo se iba a la “ciudad eterna”, sino lo que ella significaba en la comprensión del pasado de fuerte impronta agustiniana y desde luego, las diferentes influencias y debates que presenció el fundador de Bogotá. Es bastante probable que los nuevos hijos, los historiadores de la primera mitad del siglo XX, no comprendieran el peso de concebir al personaje en cuestión como un padre, pero no por ello las cicatrices dejaron de existir en los textos históricos elaboradores durante dicho espacio temporal.

El ir a los fundadores, beber de ellos como un manantial, implicaba ir a lo que pensaban y practicaban, ir a sus fuentes, impregnadas, como hemos sugerido, por la idea de Roma. No es casual, como lo ha mostrado por ejemplo Ricardo del Molino (2007), que el uso de la antigüedad a principios del siglo XIX no se diferenciara mucho de lo hecho en el siglo XVI. En ambos casos se trató de un *exemplo* para soportar argumentos, mostrando un pasado común, que, por demás, enseñaba. Lo que no implica que haya sido una fuente nutricia. A finales del siglo XIX e inicios del XX esto no va a ser muy distinto, solamente que la intensidad por encontrar unos padres era fundamental para una nación que parecía no tener procedencia.

Del Molino también ha indicado que el acceso a la antigüedad en los albores de la República, contaba con dos naturalezas, la histórica, en donde la ilustración (especialmente jesuita) y el autodidactismo, sirvieron para aproximarse a los “clásicos”; y, la memoria, en donde el pensamiento foráneo, los debates, las manifestaciones literarias, la prensa y las

tertulias, habían beneficiado la circulación de dichas ideas, textos y autores (DEL MOLINO, 2007, p. 99). Diríamos que, junto a este tipo de prácticas, se sumó desde mediados del siglo XIX, la lectura de textos donde supuestamente se hallaban los orígenes de la nacionalidad colombiana.

Griegos y romanos resultaron ser citas y sus ciudades, Atenas y Roma, los modelos a imitar durante el siglo XIX y parte del XX. Empero, esas citas, como bien lo ha sugerido del Molino (2007), correspondían más a una idealización que a referencias por ejemplo del orden geográfico. En este sentido, la idea agustiniana de Roma resultaba más o menos perfecta, pues la ciudad a la que se hacía referencia no era la terrenal. Aunque es preciso aclarar que durante la primera mitad del siglo XIX la idea de antigüedad estuvo asociada con mayor fuerza a Grecia, debido a que Roma continuaba asociada a España, tal y como se construyó esa imagen en el siglo XVI. Mientras que desde la segunda mitad del siglo XX y por extensión la primera mitad del XX, el interés por Jiménez de Quesada estaba enmarcado por apuestas conservadoras que pocos reparos tenían para con el Imperio español y con ello, a Roma; de donde justamente, se nutría el fundador de Bogotá.

Aunque la idea de una “Atenas Suramericana” (ZAMBRANO, 2002) contó y cuenta aún con bastante sonoridad, es necesario indicar que los intelectuales colombianos, como se ha intentado mostrar, tenían una mayor proximidad con una idea de Roma, que con la de Atenas. La ciudad griega no pasó de ser una pretensión de Miguel Antonio Caro trasladada a Menéndez y Pelayo en una asidua correspondencia, y replicada por Pedro María Ibáñez, dado el peso tomado por el calificativo al ofrecerlo un extranjero. Aquí no se trata de que nuestra idea de la presencia de la figura de Roma supere o se anteponga a la de la Atenas, en cambio, implica esfuerzos mayores para la comprensión de esos rótulos.

Así, la Academia Colombiana de Historia había tomado como referente a Bogotá, la cual tuvo como fundador a alguien que escribió un libro, y que ese texto había sido escrito con las ideas del siglo XVI, repleto a su vez, de las ideas de Agustín, concentradas, entre otras cosas, en Roma y la historia.

Un Agustín que santifica la historia

Agustín, quien había escrito una obra para dar cuenta de Roma, no tenía más que una idea sobre ella. Existen cuando menos tres elementos para la comprensión de lo que pensaba sobre la historia dicho autor, que según Felipe Castañeda (2004) está sujeta a una “concepción del mundo”. Esas claves son la distinción entre ciudad terrenal y ciudad celestial, la linealidad del tiempo en donde el fin estaría caracterizado por la separación definitiva de las ciudades, y

la marca inmoral que trae consigo la ciudad terrenal (CASTAÑEDA, 2004). Podríamos decir que, desde el principio, cuando menos en su obra “La ciudad de Dios” (AGUSTÍN, 1997), Agustín era un historiador de la ciudad, si dejamos de tener presente una definición de urbe basada en las condiciones físicas y entendemos según el mismo Agustín que “una ciudad, que no es otra cosa que una multitud de hombres unidos entre sí por algún vínculo social” (Agustín, 1997, XV, p. 80).

La motivación para sostener lo anterior radica en un esquema más o menos común en las historias de ciudades, uno de los epicentros de la narración, eso sin contar el nombre de la ciudad, en donde se hace referencia a su fundador. Por un lado, la ciudad celestial, en la que Cristo actúa como fundador, el padre supremo, y por demás eterno. Por el otro, Rómulo, al que descalifica como ficcional e inmoral, pues para Agustín la historia, al ser cosa de Dios, no puede ser en ningún momento cosa de “ficción fabulosa” o “poética”, sino de lo acaecido, ya que el engaño es obra del Demonio (AGUSTÍN, 1997, XXII, p. 6).

Agustín observa el principal asunto de la historia, la fe. De allí que los procesos históricos consistan en una larga disputa entre fieles e infieles, origen también de la dualidad de ciudades. La diferencia sustancial es que la ciudad celestial era eterna, mientras que la terrenal era mortal. Como se observa, se trataba de un asunto de credibilidad, la cual se medía de cierta forma por la existencia de un milagro. Por eso, para saber si una ciudad había sido escogida por Dios, era necesario revisar los milagros que en ella se habían sucedido, al ser una prueba de la fe. Y junto a los milagros existían mártires, como otra de esas pruebas que Agustín reclamaba como evidencia de la resistencia al sufrimiento causado por los enemigos. Tales imágenes se ajustaban a la de Jiménez de Quesada, padeciendo para fundar una ciudad, que resultó ser, junto con su Antijovio, un milagro en medio de tantos infieles.

La ciudad celestial solamente podía ser tocada por la fe, por eso la peregrinación, que era en el tiempo, en la eternidad. A pesar de las condiciones de abstracción, Agustín no deja de utilizar elementos que suelen asociarse a las ciudades físicas. A esto corresponde un fundador; un documento, que para este caso era divino y soportado previamente por anuncios proféticos; una forma de organización política, que resultaba ser la de la república, en donde el derecho que amparaba la justicia era central para ordenar un pueblo caracterizado por su fe y sus virtudes y no por los placeres.

Empero, esta ciudad pensaba Agustín no podía estar en contradicción con la terrenal, tanto por la paz, como por el tránsito en la urbe terrenal que conducía en algún momento a la celestial. Por su parte, esta última era de origen humano, cicatrizada con el pecado de Caín, y

tributaria del demonio. No en vano edificó dioses falsos, que condujeron a sus habitantes a los placeres, alejados de las virtudes. Y era en los cuerpos de sus habitantes donde se notaba la corrupción existente, pues este debía ser “decente y congruente”, con lo que quiere decir regulado, ante una vida cotidiana expuesta a “trastornos” que llevaban al “desorden” (AGUSTÍN, 1997, XIX, p. 5).

Pero, para Agustín existía un cierto tipo de modelo terrenal, en el cual Roma era la segunda Babilonia. En ellas existía un continuo, el cual correspondía al peregrinaje, respecto del cual se había producido un constante irrespeto a la ley, pero, sobre todo, falta de fe. De allí, que su fin fuese el infierno. Semejante interpretación significó una forma de respuesta a la devastación de Roma, que influenciará toda la Edad Media, la visión de los conquistadores en el Nuevo Mundo y sus respectivos debates, y desde luego a Jiménez de Quesada y hasta de quienes lo consideraban el fundador. La Roma de Agustín contaba en el marco de sus ideas de “La ciudad de Dios”, con dos lecturas.

Por un parte, la terrenal, que según parece poco conoció y de allí los escasos recuerdos trasladados a sus obras (OROZ, 1976, p. 358), pero que en síntesis consideraba como hija del hombre, por lo cual no tendría razón para su sobrevivencia. La historia de esta era para él “historia eorum” [es], decir, de poco interés a partir de la utilización de un genitivo, como sostiene Oroz (1976), más cuando la supuesta Roma eterna había llegado a su fin, certificando para Agustín el origen pagano de la misma y la mentira de dicha eternidad. De lo contrario las catástrofes ni siquiera la hubieran tocado. Con el fin del imperio llegó el final de esta ciudad terrenal.

Pero existía otra Roma, la verdaderamente eterna. Una de las primeras voces que habían considerado la eternidad de Roma había sido Tibulo (54 a.C.19 d.C) al decir “Romulus aeternae nondum formauerat urbis moenia” (OROZ, 1976, p. 355), más tarde repetida por poetas, historiadores y publicistas del Imperio. Agustín lo que hacía era cristianizar una idea pagana, buscando con ello poner fin a la anterior concepción y junto con ello, a su fundador. Pues el asunto de la eternidad como hemos sugerido, era una cualidad exclusiva de Dios.

Aunque durante todo el medievo las ideas del Obispo de Hipona estuvieron ampliamente presentes, fue con un renovado agustinismo en el siglo XVI, cuando sus ideas sobre la ciudad procuraron trasladarse tanto a la fundación de nuevas urbes, como en especial a la elaboración de historias de ciudades. Teniendo como marco la mezcla de las ideas de Agustín y Aristóteles, quienes coincidían en que el fin de la ciudad debería ser el bien, a partir de la superación de sus vicios, esas historias de ciudades en la península –aunque se

produjeron algunas también para México— entraron en aumento, según nos lo muestra Santiago Quesada (1992)⁶.

Para este autor desde fines del siglo XV había comenzado este movimiento, que se incrementó en la primera mitad del siglo XVI y alcanzó un momento importante a fines de esa centuria e inicios del XVII. La principal razón para ese fenómeno, fue, según Quesada, un despertar del interés por lo local en el marco del crecimiento del Imperio Español, en donde se pretendía un reconocimiento por parte del poder central. De cierta forma, algo similar se divisa en las ideas presentadas por Jiménez de Quesada, al exponer la importancia de lo visto y lo vivido, que no podía ser en otro lugar que en lo local.

La estrategia para ello fue entonces la elaboración de historias donde el modelo fundamental fue la obra de Agustín. Por una parte, la idea de una ciudad cristiana, próxima a la ciudad celestial, que se caracterizaba a su vez por ser virtuosa, caritativa y religiosa, lo cual se expresaba respectivamente con milagros y santos, la ayuda a los pobres y la existencia de edificaciones dedicadas a la evangelización (QUESADA, 1992, p. 44). Ello no fue muy diferente en las historias elaboradas, cuando menos en la primera mitad del siglo XX, en Colombia. Por otro lado, la idea de la historia aplicada en ellas era la lineal, en donde tras un largo y tortuoso recorrido era posible alcanzar la expresión celestial, la que por cierto ya había empezado con la Reconquista.

La mayoría de estas historias fueron escritas por clérigos, nos dice Quesada, lo cual fortaleció aún más la visión agustiniana que tenían (QUESADA, 1992). Eran ellos —los sacerdotes—, quienes mejor representarían la idea que Agustín tenía sobre lo que debía ser un historiador, lleno de virtudes morales, filosóficas y éticas. Podríamos decir que ese escenario intelectual no era para nada menor, en cambio, constituye una importante influencia en la medida que autores clásicos ahora orientaban el pasado local, para sugerir de esta manera que España era el resurgir de Roma, pero desde luego no la terrenal, sino la eterna, la celestial. Y, si compartimos las ideas de Santiago Quesada, es posible considerar cómo el conocimiento por parte de conquistadores e intelectuales, y su respectiva utilización de la obra agustina, así como de otros autores, especialmente romanos, no hacía sino mostrar un peregrinaje ya iniciado hacia la Ciudad de Dios.

⁶ Las historias de ciudades fueron influenciadas, según la óptica de Santiago Quesada, además del pensamiento considera como clásico, por la producción intelectual musulmana, las crónicas bajo-medievales y las historias italianas de inicios del Renacimiento (QUESADA, 1992).

Algunas ideas para finalizar

Una idea de Roma, inmersa en otra de Agustín, influyen el siglo XVI; un texto, elaborado en aquel siglo; un fundador, que adquiere su fama y poder fantasmal hasta el siglo XIX; una Academia que aprovecha la idea, el texto y el espectro, para buscar prescribir la escritura de la historia en la primera mitad del siglo XX; un libro respecto de una ciudad, que escribe un clérigo, quien observando al futuro sintetiza a Roma, al fundador, a una institución historiográfica; la fotografía de aquel sacerdote en una página web que pretende ofrecer una imagen de una ciudad que camina el tiempo.

Este es un intento, como cualquier otro, para comprender, con algunos pliegues, la idea de Ángel Rama de que la escritura servía de algo parecido a un cordón umbilical entre los letrados latinoamericanos y Europa. No tanto para suponer semejante vínculo como una dependencia o una matemática de relaciones, sino para procurar comprender lo que este mismo autor denominó como “plasticidad cultural” (RAMA, 2008). Y es que junto a “pérdidas”, existen “selecciones, redescubrimientos e incorporaciones” (RAMA, 2008, p. 47), según las observaciones del mismo Rama. En este sentido, el presente texto plantea una hipótesis de trabajo, correspondiente a la posible relación entre las historias de ciudades en Colombia elaboradas durante la primera mitad del siglo XX, y las ideas agustinianas de historia y ciudad, imbricadas entre sí.

Semejante ligazón termina por dejar una cicatriz, que, aunque pequeña y escondida, está ahí. Una “escritura (que) construyó las raíces” (RAMA, 1998, p. 77), al servir de conducto, al mismo tiempo de re-crear luego del desprendimiento entre las partes. Resulta evidente, que la continuación de este trabajo es el de mostrar con detalles la relación sugerida y la creatividad existente en muchos de los textos referidos aquí de manera general. Esto no quiere decir de ninguna manera que, no anteceda una revisión, solamente por razones de tiempo y espacio para el presente texto, se ha decidido presentar la primera parte del cordón umbilical que sugirió Ángel Rama hace cerca de 30 años (RAMA, 1998).

Referencias

AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. México: Editorial Porrúa, 1997.

BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación*. Medellín: La Carreta Editores, 2005.

CASTAÑEDA, Felipe. Conflictos mayores y concepciones de la historia: los casos de Agustín de Hipona, Bartolomé de las Casas e Immanuel Kant. En: *Historia Crítica*, n. 27, p. 96-97, 2004.

DANE (DEPARTAMENTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA). *División política administrativa de Colombia (Divipola)*. Bogotá: DANE, 2007.

DE SEPÚLVEDA, Juan G. *Tratado sobre las justas causas de las guerras contra los indios*. 1547, varias ediciones.

DEL MOLINO, Ricardo. *Griegos y romanos en la primera república colombiana. La antigüedad clásica en el pensamiento emancipador neogranadino (1810-1816)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2007.

DERRIDA, Jacques. *Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*. Madrid, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2009.

DUCROT, Oswald. *Polifonía y argumentación. Conferencias del seminario teoría de la argumentación y análisis del discurso*. Cali: Universidad del Valle, 1988.

FAJARDO, Darío. Ordenamientos del territorio y reforma agraria en el pensamiento de Ernesto Guehl. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. XLVI, n. 81, 2011.

FRANKL, Víctor. *El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1963.

GERBI, Antonello. *The dispute of the new world. The history of a polemic, 1750-1900*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2010,

GLAAB, Charles. The historian and the American city: a bibliographic survey. En: HAUSER, Philp y SCHOMORE, Leo. *The study of urbanization*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1965.

GONZÁLEZ Jaime. *La idea de Roma en la historiografía Indiana (1492-1550)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1981.

GONZÁLEZ, Nelson. (Sub)versión del nacionalismo oficial en la literatura: el caso de Colombia. En: *Revista Literatura: teoría, historia y crítica*, n. 1 p. 9-32, 1997.

GUHL, Ernesto; FORNAGUERA, Miguel. *Colombia ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), Universidad Nacional de Colombia, 1969.

GUHL Ernesto. *Temas colombianos. Aspectos y problemas de una política de desarrollo*. Bogotá: CID, Universidad Nacional de Colombia, 1973.

HENAO, Jesús María; ARRUBLA, Gerardo. *Historia de Colombia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1911.

JIMÉNEZ DE QUEDASA, Gonzalo. *El Antijovio*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.

MARTÍNEZ, Félix R. *Las historias de ciudades en Colombia. Entre panorámicas y caminantes*. Saarbrücken, Alemania: OmniScriptu, GmbH & Co., Editorial Académica Española, 2015.

MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*. Bogotá: CEJA, 2000.

MEJÍA, Germán. Pensando la historia urbana. En: MEJÍA, Germán y ZAMBRANO, Fabio. *La ciudad y las ciencias sociales*. Bogotá: CEJA, 2000, pp. 47-73.

MELO, Jorge. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1996.

-
- MORALES, Jorge. *Índices del Boletín de Historia y Antigüedades, 1902-2010*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.
- OROZ, José. La romanidad de San Agustín. En: *Estudios Clásicos*, n. 78, Tomo 20, 1976.
- PEDRAZA, Zandra. *En cuerpo y alma. Visiones de progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2011.
- QUESADA, Santiago. *La idea de ciudad en la cultura hispana de la Edad Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1992.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.
- RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones El Andariego, 2008.
- SABOGAL, Julio. *Fusagasugá: historia y geografía*. Bogotá: Imprenta y litografía de Juan Casis, 1919.
- TÁCITO. *Historias*. Madrid: Akal, 1990.
- ZAMBRANO, Fabio, BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: IFEA, Academia de Historia de Bogotá, 1993.
- ZAMBRANO, Fabio, BERNARD, Oliver. De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. En: *Revista de Estudios Sociales*, n. 11. p. 9-16, 2002.
- VELANDIA, Roberto. *Publicaciones de la Academia Colombia de Historia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2000.
- VERHAEGUE, Paul. *¿Existe la mujer? De la histórica de Freud a lo femenino en Lacan*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, 1997.
- VILLANUEVA, Daniel. Pedro María Ibáñez y el nacimiento de los estudios históricos en Colombia. En: *Revista Gráfica*, v. 12, n. 2, julio-diciembre, p. 171-190, 2015.